

# La teología de Monseñor Sanabria

La memoria de Mons. Sanabria sigue viva en el pueblo costarricense. Buena prueba de ello son las numerosas publicaciones, mesas redondas y conferencias, para desentrañar distintos aspectos de su rica personalidad. En este año, veinticinco aniversario de su muerte, es natural que la evocación sea más extensiva.

Aunque el tema elegido para este artículo no es muy popular, tampoco carece de interés, al menos para un gran sector. Dejamos a los historiadores campo libre para que sigan investigando sobre la persona y actividades del ilustre prelado. Lamentando no conocer esas cuestiones más a fondo, desde una inquietud actual redacto estas notas, sobre la lectura de sus escritos.

No hace falta ser ningún especialista en la materia para descubrir en seguida la preocupación social de Mons. Sanabria. En dichos escritos deja bastante claro que la Iglesia y la teología no se reducen a partidos políticos, "como tales partidos políticos". Pero vive convencido de que "los problemas teológicos están en la entraña de muy complejos asuntos políticos, económicos y sociales"; de que "todo problema humano suele ser al mismo tiempo teológico". Deseando que sus sacerdotes sean verdaderos teólogos, concluye que "especialmente las actividades sociales han de merecer su atención".

Aunque Mons. Sanabria era un estudioso de la historia, no cabe duda que en su actividad pastoral fue un verdadero teólogo; si por

teología se entiende, una reflexión desde la palabra de Dios sobre el "aquí y ahora", como servicio a la comunidad. Porque desde esa palabra evangélica sabía que el hombre no debe ser injustamente atropellado, y porque buscaba con amor el reino de fraternidad, apoyó al Presidente Calderón Guardia y negoció con Manuel Mora, jefe del partido comunista, ya que ambos, desde su respectiva posición política, luchaban por una mejora de la clase obrera: "el bien es bien, cualquiera sea la persona que lo practique".

Sus demandas por el salario justo, la promoción de las seguridades sociales y la creación del sindicato cristiano, eran consecuencias de una fe vivida y de un amor eficaz a los hombres. Creyó en la palabra evangélica, y en la humanidad que ya es para Dios. Consagrado para bien de los hombres, se dejó alcanzar por los problemas sociales, y trabajó para que todos los costarricenses fueran hermanos. Por eso hoy aparece ante nosotros como auténtico pastor de la Iglesia.

Ya podemos hacernos la pregunta: ¿qué es la teología? ¿qué tiene que ver el quehacer teológico con los problemas sociales?

El teólogo es un creyente, que reflexiona como miembro de la comunidad eclesial, cuya presencia y actividades tienen lugar en la historia. En esa comunidad y en esa historia, el teólogo escucha, se deja interpelar y enjuicia. Diálogo bien difícil, porque la historia está entretejida por unas fuerzas

que se oponen al reino de Dios y por vacíos contrarios al evangelio. La reflexión teológica sólo es cristiana cuando se hace desde el escenario de lo real, donde cada día surgen conflictos sociales y humanos, para transformar a esa realidad en mundo de Dios. Precisamente por eso debe cumplir una función crítica y renovadora ineludibles.

Como en toda actividad, también en teología hay que asegurar el "para quien" se elabora. No importa crear grandes sistemas de ideas abstractas, ni tampoco que unos pobres estudiantes aprendan nuevas disquisiciones perfectamente enebradas e inoperantes en la vida. Se trata de un servicio a la comunidad; y éste no es posible, si no se piensa en el hombre, en su destino de libertad, y en las dificultades históricas que le impiden ser él mismo.

Se comprende que la misión del teólogo así entendida, cae de algún modo dentro del ministerio sacerdotal, aunque no se identifique adecuadamente con él. Intuye bien esto Mons. Sanabria, cuando desea que sus sacerdotes sean verdaderos teólogos: preocupados y viviendo los problemas sociales, anunciarán y trabajarán para que el reino de Dios llegue. Sólo así pueden llevar a cabo su verdadera función profética, necesaria para una celebración sacramental digna.

Teólogo y sacerdote necesitan un marcado sentido social. Si se quedan en otro mundo, en la otra orilla y en otra historia, fuera del campo de batalla, ¿cómo pueden ser hermanos de los hombres que arriesgan su vida en la inseguridad de la corriente?

El apostolado no es conquista, sino servicio. Tan inútil es que el teólogo fabrique silogismos etéreos al margen de la realidad, como que el sacerdote siga tocando la campana cuando nadie entiende su lenguaje. Uno y otro tienen que percibir antes la triste realidad del campesino marginado, el gemido de los pobres y las sirenas apremiantes de la fábricas.

Sólo en esta escucha son posibles un quehacer teológico y un ministerio sacerdotal "para los hombres".

En esa disponibilidad o actitud de servicio, conoceremos que el teólogo y el sacerdote están de parte de Dios.